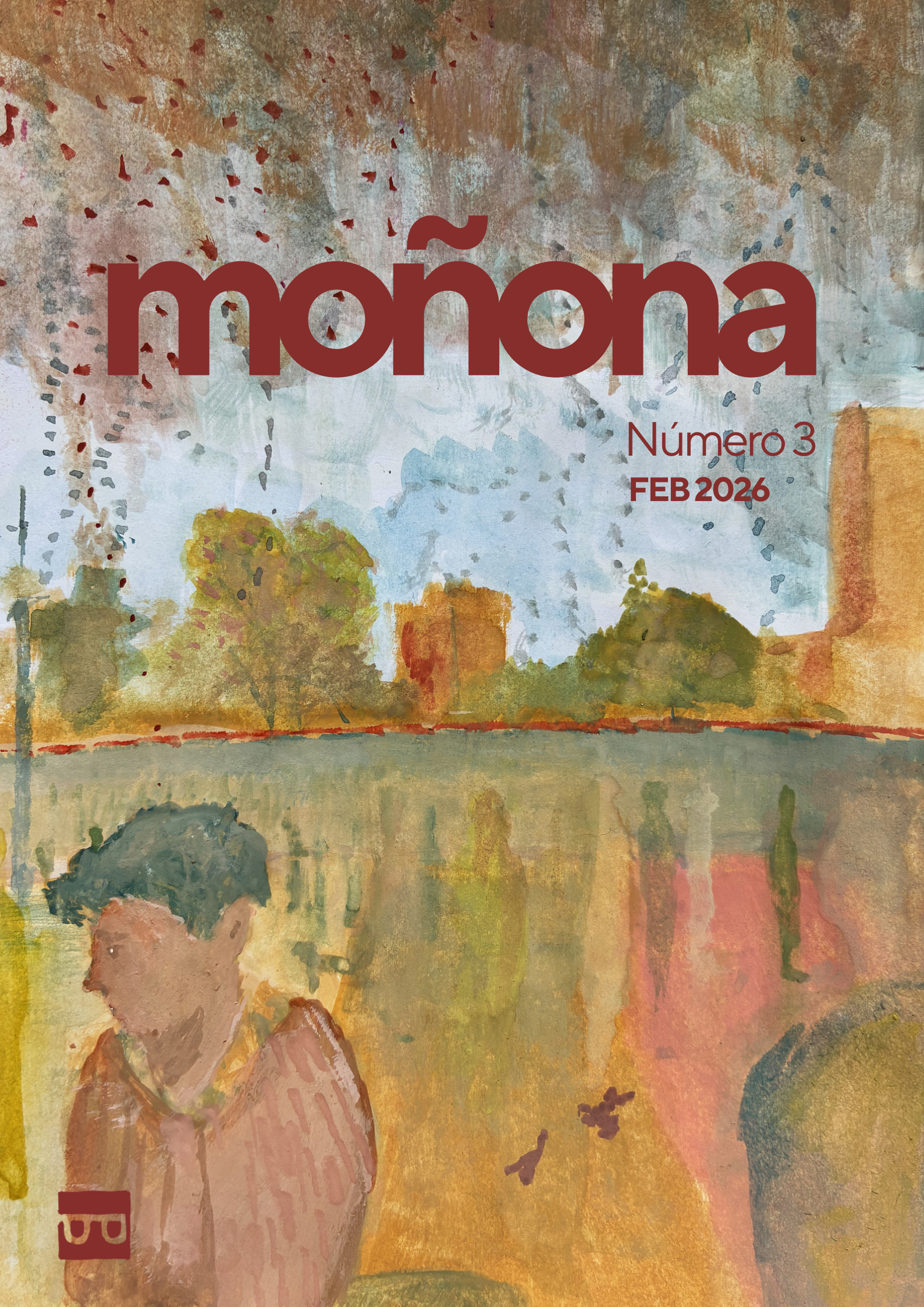
moñona

Número 3

FEB 2026



Palurda
Palestra

Índice

Nota Editorial | **Alejandro Bastidas & Juan P. Vergara**.....3

Fiesta Sorpresa | **Eddy Araque**.....7

Diálogo | **Alberto Vélez**.....13

Misceláneas | **Teresa Iturralde & Juan P. Vergara**.....20

Pómulo | **Samuel Fonseca**.....28

Nota Editorial

■■■

Antes de iniciar, de ponernos manos al teclado y darle cariño a esta nota, nos sentamos a hablar entre risas. En su esencia, de eso se trata este espacio: ser punto de encuentro para el diálogo y las risas, para plantar posturas, para pararse a defender un relato y estar dispuesto a que, quienes lo lean, lo devoren.

A quien lo lea:

Las distancias, la división de lo indivisible, geografías del lector, son también separaciones: no podemos escribir a dos manos a miles de kilómetros de distancia, ni con las dos manos escribir sobre una misma hoja de papel: tomamos la pluma, los dedos al teclado, nos llamamos y cada quien parcela como vea conveniente, usted corte las cebollas, yo pelo la papa, ponga a hervir el agua y nos vemos cada quince minutos para salir a tomar aire. Una conversación es infinita, es más, la conversación ha sido una desde los gruñidos. Hoy nos toca a nosotros el turno de hablar en su cabeza, de poseer el aire que sale de sus pulmones, para que nos ceda el espacio, para que cotice el lote.

Para dialogar no siempre la precisión es requerida, es buena cuando existe. Pero los diálogos dependen de muchas cosas, son muchas cosas a la vez. Por eso, estas moñonas son una invitación a estremecerse, a usar las manos para arar la tierra hasta que tiemble y podamos escuchar un bramido, fuerte o leve, que nos obligue a seguir arando. Nuestro rito, casi semanal, consiste en convertirnos en emisores de noticias o

de cantos de pájaros. Nos convertimos en ranura de entrada para espiar mentes, ideas, semillas. Nos permitimos ser espantos que acechan a los ojos de curiosos que quieran alternar su mirada del reel instantáneo y, por ejemplo, transportarse a la vida de una persona que colecciona libretas como un poeta metáforas. O al diálogo íntimo entre dos personas que en la distancia intentan darle un relato a su complicidad. De eso van algunos de los textos que les traemos.

Para dialogar se necesitan lienzos, superficies, quizá algún banco para que no se nos canse la espalda. Si de méritos y buenas voluntades se armara el mundo no sería necesario hablar, todos tendríamos más o menos claro cuáles piedras empujar. Si de méritos y buenas voluntades se armaran las personas, no conoceríamos las caricias, no sabríamos dónde conducir el dedo. Si de méritos y buenas voluntades se armaran las palabras, no llevaríamos al colegio objetos escondidos en la maleta, no podríamos guardar la emoción de mostrar a nuestros mohanes en el descanso. Estamos en bancos cada uno en su vuelta, cada uno girando en torno a otro sol y viviendo otras luces. Hola, estamos en su cabeza escarbando, armando campo, arando el terreno para que nos volvamos a ver, para arrendar una pieza en este latifundio dialógico.

Escribir en la distancia es acostumbrarse a tener miedo. Uno no siente que deba obedecer a lo que escribe el otro, ni desterrarlo como pesadilla, así que sigue entre la sonrisa del

otro y el intento de doble respuesta. Se trata de aprender a tirarle el ojo crítico al ritmo del otro, de abrirle brecha a la somnolencia de estas noches nuestras para entregarles lienzos o artilugios para el descanso. Revise lo que viene adelante, fúmese un cigarrillo o tómese una aromática. Pero venga con nosotros, siga que si hay moñona.

Alejandro Bastidas y Juan Pablo Vergara-Marin | **Editores**

Fiesta Sorpresa

Eddy **Araque**

■■■

Yo nunca he escrito en forma, no tengo una libreta para cada cosa ni un diario en el que escribo sobre lo que escribí. Tengo libretas, sí, muchas, amontonadas, sancochadas en su sancocho, casi todas regaladas en eventos y conversatorios sobre política global, que son las que mejor calidad y pasta tienen. Papel 80 gramos, nombre del evento contramarcado, marcapáginas. También tengo de las que dan las editoriales a las librerías, de las que están pegadas con babas porque las imprimieron en Colombia y una que otra con una pasta de cartón sin logos, pero cosida, con papel bond del más fino, porque las trajo una editorial española para la feria del libro y yo le hice cara de pesar a la dueña de la librería para que me regalara la suya, seguramente ya tenía muchas compradas y con calidad escogida, así que no era nada, me dio la maleza seca, paga para que le barran. De lejos se puede ver qué editorial regala esas libretas, usan papel un poquito más abajo de calidad que el de sus libros, pero aún así no se consiguen tan buenas y guerreras en otra parte de Colombia sin invertir un día de sueldo en ellas. “Otra parte de Colombia”, como si hubiera buscado en otra parte.

De niña, cuando me preguntaban qué quería de regalo de navidad yo mandaba razones con el niño Dios pidiendo un diario, el formato era el mismo en todos los presupuestos: un cuaderno con cerradura. Claro, cambiaba el calibre de la cerradura dependiendo si había comercial en el canal de

muñequitos o no, habían diarios con una voz de cantante pop que advertían como las sirenas los peligros de acercarse al cuaderno, otros en las que se podía grabar la voz propia para darle más ubicuidad a la protección y unos que tenían alarma de centro comercial activada al tacto con la huella. Nunca supe si el que tenía voz incluida la traía en español latino *emparedado* o si solo traducían el comercial; igual si venía en inglés me hubiera caído de perlas, el mismísimo demonio hablando en lenguas protegía mi cuaderno.

Me regalaron dos diarios: el que más recuerdo es el que tenía a Mickey Mouse en relieve hecho de tres capas de cartón y escarcha, tenía un candado azul, del mismo color que las tapas, que cambié un par de veces porque se vencía fácil y mi hermano era ávido para descubrir cuán mal me caía. En ese diario escribía de todo, especialmente listas y actas de clubes imaginarios con amigas imaginarias en los que definíamos las reglas de fidelidad y de los juegos, también hacía maromas con las palabras usando muchos renglones para escribir y gastar el papel con dibujos impresos a tres tintas como una desquiciada. Me sentaba con toda la envergadura de la película en un rincón y escribía los nombres de los niños que me gustaban, resúmenes del día, planes para mi vida en el futuro, cerraba, le ponía el candado y lo guardaba debajo del colchón. Mi hermano me lo robó un par de veces, abría el candado con sus herramientas de juguete —o lo que se le atravesara— y salía en pique hasta la sala, cuando llegaba empezaba a gritar lo que leía mientras caminaba en círculos.

Aparte de mis papás (más bien mi mamá), dos amigas me han regalado libretas. Una de ellas tenía en la dedicatoria una cláusula para quemarla en cuanto la terminara, además una suerte de instrucciones de uso, era un libreta para escribir en momentos de frustración y desencanto. Aún tiene muchas páginas por llenar y no sé si es porque no la quiero ver en llamas o porque me cuesta pensar en la indulgencia de la escritura categoría desesperación, frustración y desencanto. He intentado tener un diario solo de sueños, otro para las lecturas, uno para recopilar escenas, un recetario, un comentador de películas, un sketch, uno para ejercicios caligráficos, uno de contraseñas y cosas online que no puedo olvidar, uno para apuntes de conferencias o clases importantes y al final termino usando el primero que se me atraviesa cuando me levanto ciega de pesadillas. No sé si escribo metida en una miscelánea o en un buscaminas, hay una lista de mercado dentro de los apuntes sobre *La condición obrera*, las deudas actuales junto a la transcripción de una receta de sopa de ciruelas que no se dan en mi parte de Bosque Andino, un dibujo de pescadito entre la planeación de un taller de mermeladas.

No entiendo la obsesión ni la falta de orden y tampoco escribo para entenderlo, soy una acumuladora y aunque he gastado muy poca plata en las libretas (compré una en San Andresito y otra en Dollarcity) todas han funcionado muy bien en la cuestión del secreto, ni yo me acuerdo qué guardé. En papel, la escritura es su propio instante, pura confianza en las condiciones subjetivas del entorno, el único peligro es el

lector chismoso, pues si averigua, ordena. En alguna ocasión leí que cuando a Marina Tsvetáieva le faltó papel, empezó a usar el papel tapiz de sus paredes, seguramente después lo quemó cuando estuvo al borde de congelarse. Muchas personas dicen que escuchan la voz de Dios cuando escriben, que los poseen, que no pueden escapar, por eso cargan una pluma estilográfica loom para escribir un haiku en una servilleta que se come el primer conteo en la palabra .

'cigarrillo'. Leí en el blog de una amiga que a veces quisiéramos que los poemas y *n* cantidad de creaciones literarias aparecieran como una fiesta sorpresa: una revelación de atención con el jolgorio y todo el tiempo para quedarse a parchar y agradecer que por fin el mundo esté girando en el sentido propio. Que sea habitual no le quita lo sorprendente, más bien que no sea increíble es lo que no la deja ser una fiesta, destaparle una champaña a mi excelencia y a mi arrogancia.

En la primera nota editorial, Gabriel habló de la escritura como la casa del caracol, el espiral asido en el tiempo, inaplazable, aunque todas las otras responsabilidades la aplacen. Concuerdo con que es una caja multiplicada en los trasteos, el vestigio que no soy capaz de soltar, pero difiero porque la escritura es aplazable cuando se convierte en una responsabilidad y tramposa porque se aprovecha de los chismes ajenos.

Tampoco sé si tiene lugar porque escribo mientras pita la olla, monté volada el almuerzo y espiché los ajos para venir a sentarme en vez de pelarlos uno por uno y volver cuadritos las láminas, ahí queda la justificación: no es que yo sea perezosa.

Diálogo

Alberto **Vélez**

■■■

No es útil que se incremente;
por tanto, tampoco lo es que exista.
Lucio Anneo Séneca

Empecé a preguntarme cómo iba a hacer para salirme definitivamente del mundo. Necesitaba salirme: mi situación era desesperada. Esto se me ocurrió ayer en el funeral de Mauricio. Absolutamente muerto en su caja de madera. Cuarenta y nueve años, Mauricio, absolutamente muerto en su caja de madera. Poca gente, en general: la madre de Mauricio, aburrida, se rascaba la línea que separaba los dos mares de cabello; el padre, algo gordo, se miraba la mano con aburrimiento siguiendo las misteriosas líneas que ella disponía; unos cuatro amigos de pelo escaso y estatura baja, encorvados unos más que otros, ninguno recto en definitiva; y yo, sentado en una silla (mi silla), algo fastidiado, disimulando el dolor de barriga con los brazos cruzados y las piernas también cruzadas. Absolutamente enroscado dentro de mí mismo, yo. Envuelto en mí mismo, yo. Mauricio, en cambio, cuarenta y nueve, burócrata reconocido en la región, integrante del Partido Liberal desde los años noventa, hipotético maricón en las conversaciones de la gente de la calle, muerto. Yo era su vecino, jamás lo vi con una mujer, pero tampoco lo vi con un hombre. Mauricio, irremediablemente solitario, ahora muerto en su caja de madera, y yo me preguntaba cómo me iba a salir del mundo, qué puerta debía abrir para salirme del mundo o qué mar

había que cruzar para salirse del mundo. Mauricio, muerto; yo, queriendo salirme del mundo. La madre de Mauricio se rascaba la línea del cabello: nunca había visto un cuero cabelludo tan rojo. La madre se lo rascaba con la uña sin pintar, corta, de varón diría cualquiera. El padre, por su parte, se miraba su propia mano, quizá descubriendo una línea que no había visto jamás en su vida, una línea que bien podía haber estado ahí desde siempre o que había salido de repente sin que él se hubiera dado cuenta, sin su permiso, en la extraña época de su vida en la que no se miraba la mano ni las líneas que ella disponía, por decirlo de alguna manera. Nueva o vieja, la línea, imposible de decidirlo, cuestión ya irremediablemente enigmática, irresoluble, etcétera. Los amigos hacían silencio por un rato, y luego alguno decía algo que hacía reír a los otros. Yo me cubría la barriga: la que me dolía. Estaba hinchada de aire, la barriga. Pronto haría el ruido usual: mi barriga, el altavoz de la desgracia. Mi barriga vibraría, haría un ruido como de inodoro accionado y entonces todos, absolutamente todos, fingirían que no habían escuchado nada, cuando la realidad sería que todos habían escuchado todo, y yo lo notaría por algún movimiento sutil, alguna exaltación casi invisible para el ojo común, pero obvia y evidente para mi ojo entrenado y acostumbrado a mi barriga: ojo y barriga, absolutamente conectado el uno con el otro. Mi ojo y mi barriga: hermanos, amigos, cómplices, amantes. Mauricio, muerto; burócrata reconocido, maricón hipotético, ahora metafísico, o algo por el estilo. Yo me preguntaba cómo iba a salirme del mundo, pero lo que más

me dolería de salirme del mundo era Anita: ¿qué pasaría con Anita? Si yo me salía del mundo, ¿qué pasaría con Anita?, porque Anita seguramente no iba a querer salirse del mundo y, entonces, yo me saldría del mundo y ella se quedaría en el mundo, lo cual resultaba francamente incompatible, y esta incompatibilidad —yo lo sabía— era una causa más que válida de suicidio: Anita en el mundo y yo por fuera del mundo implicaba (implícitamente) el suicidio (forzosamente). En primera instancia, relación inmejorable; en segunda instancia, súbitamente incompatible: causa razonable de suicidio. Yo, afuera del mundo; Anita, adentro del mundo. Si yo le pedía que se saliera del mundo, ella diría "No", y entonces yo tendría que sacarla del mundo a la fuerza: sacar a Anita del mundo a la fuerza una vez yo me haya salido del mundo. Ese era el deber, y ahora me dedicaba a pensar cómo iba a sacar a Anita del mundo, una vez yo haya encontrado la manera adecuada de salirme del mundo. 1) Yo me salgo del mundo, y 2) Anita es sacada del mundo (por mí). Primero que todo, intentar convencerla. Sacarla del mundo por la razón. Una vez fallido el intento, sacarla del mundo por la fuerza. Sacarla del mundo de un empujón: que rompiera la pared del mundo y cayera por fuera del mundo, que saliera volando fuera del mundo. Anita y yo, fuera del mundo. Los dos, por fuera del mundo. Dejamos atrás todo. En el exterior del mundo, sin nada, excepto nos, etcétera. Nos, en el margen del mundo, teniendo el uno al otro y viceversa, etcétera. Anita teniéndome a mí y yo teniendo a Anita. Por supuesto, claro está: al principio nos odiaríamos, pero luego nos amaríamos,

etcétera. Anita, mi novia de hace tres años, y yo, su novio de hace tres años, los dos por fuera del mundo, viviendo por fuera del mundo. Una relación, en fin, por fuera del mundo. Una relación en última instancia por fuera del mundo, quiero decir. Una relación impecable: sin nada que ver con el mundo y sus cosas. Una relación que no tiene absolutamente nada que ver con el mundo y sus cosas. Una relación que simplemente vive por fuera del mundo: una relación que no puede ser tocada por el mundo de la misma manera en que no puede tocar el mundo (porque no quiere tocar el mundo). Mientras tanto, Mauricio absolutamente muerto. Mauricio: tuvo un pie adentro del mundo y otro por fuera del mundo. Nunca lo vi con una mujer, tampoco con un hombre. Burócrata reconocido de la gobernación. Una foto en las redes sociales en la que posa con el gobernador (Partido Liberal). Mauricio, el amigo del gobernador (Partido Liberal), cuarenta y nueve años, una isquemia, y ahora absolutamente muerto. Definitivamente uno vive hasta que se muere. Uno vive, y luego se muere. Se vive y se muere. Anita y yo: adentro del mundo y luego afuera del mundo. El padre de Mauricio, ahora, se levanta, da una vuelta, manos en los bolsillos, hace una mueca extraña que no reside en la boca sino que gira en torno a la boca. Mira el cadáver de su hijo y todos en la sala lo miran mirar el cadáver de su hijo —pero solo por un minuto—, da media vuelta y camina de vuelta al banco en el que estaba sentado y, en efecto, parece que va a sentarse otra vez junto a su esposa, pero de súbito da media vuelta y vuelve caminando al féretro, y una vez al lado del féretro vuelve a

dar media vuelta, etcétera. Los amigos de Mauricio no me saludaron cuando yo entré y yo tampoco los saludé. Nos miramos, sin embargo. Nos miramos, pero no nos saludamos. Yo iba a saludarlos, iba a sacar mi mano derecha del bolsillo, pero era demasiado tarde porque ya habían retirado definitivamente su mirada de mí, entonces mantuve la mano en el bolsillo, sin sacarla. Mi mano perfectamente encajada en el bolsillo que era bastante espacioso, por cierto. El bolsillo más grande de todos mis pantalones, quizá. Un bolsillo gigante para la opinión pública. Un bolsillo de mal gusto, podría llegar a decir alguien. Un bolsillo de buen gusto, podría llegar a señalar otro. Saludé a los padres de Mauricio, sin embargo. Me presenté: era el vecino de Mauricio, el vecino por más o menos cinco años. Primero conocí a Mauricio, y dos años después conocí a Anita. Primero Mauricio, luego Anita. No obstante, nunca fui amigo de Mauricio; en cambio soy el novio de Anita. Con Mauricio, nada; con Anita, todo. Respecto a Mauricio: yo no me consideraba su amigo y él no me consideraba su amigo. En definitiva, yo no era amigo de Mauricio, eso era evidente para mí, pero no para los demás, que no me habían visto nunca y que —quizá— por eso —justamente— no cuestionaron mi presencia en el funeral de alguien que —definitivamente— no era mi amigo así como yo no era el suyo, etcétera. Me lo había topado, en total, tres veces en los cinco años y se me antojaba detestable. Mauricio, brillante burócrata y —quizá— maricón. Siempre con una maleta triste, nunca con una mujer —pero tampoco con un hombre—. Siempre una maleta triste llena de papeles: eso

era todo. Una maleta llena de papeles de burócrata: una maleta burocrática, en síntesis. Siempre que lo veía, tenía una maleta triste, algo curtida de mugre, llena de papeles burocráticos que hablaban sobre cosas ininteligibles, francamente diabólicas en su oscuridad burocrática, a pesar de que yo jamás vi qué traía dentro. Mauricio, ahora horizontal en sus cuarenta y nueve años mientras yo, vertical en la práctica sentado en la silla (mi silla), me preguntaba qué haría una vez me saliera del mundo con Anita. Me iba a salir del mundo, pero no quería quedarme solo afuera del mundo: arrastrar a Anita (ya he tocado este punto anteriormente), y vivir con Anita por fuera del mundo. Refugiarme con y en Anita: vivir con y en Anita. Ser Anita y que Anita fuera yo: yo y Anita, la misma cosa, absolutamente indiferenciables desde el mundo, desde la mirada del mundo —mirada mundana—. Anita y yo: un solo ente, inexplicable, inconcebible, viviendo por fuera el mundo, ni felices ni tristes: Anita y yo, juntos por siempre, y Mauricio absolutamente muerto, el padre yendo de la silla (su silla) al féretro y viceversa, la madre rascándose la línea (irritada) que separaba el cabello, los amigos riéndose, y yo, doblado (cruzando brazos y piernas), disimulando (cruzando brazos y piernas) el dolor de barriga (mi barriga), sentado (cruzando brazos y piernas y disimulando el dolor de [mi] barriga) en la silla (mi silla).

Misceláneas

Teresa **Iturralde** Rocha
&
Juan Pablo **Vergara-Marín**

■■■

Quisiéramos decir que nos conocimos en una papelería, ojalá las papelerías tuvieran unos banquitos para que los penosos pudiéramos sentarnos y reconocernos en nuestra sonrisa obligada y ojo agachado. A Juan Pablo le gusta evitar con la mirada, te atraviesa con ella (no estoy segura si es por su leve estrabismo o sencillamente logra ver lo que hay detrás de mí a través de mi rostro) y se fija con detenimiento en lo que sucede por *allá*. Teresa prefiere buscarte la mirada, parece que leyera algo en los ojos, como si hubiese una proyección con un texto muy pequeño. Quiere convertirlo a uno en una nota en su diario: *Querido diario, hoy jueves vi un grafiti en la cara de Juan Pablo.* Ambos estamos de acuerdo en el lugar y el tiempo en el cual dimos con el otro, lejos de estar abrigados con la luz fría y el piso cochino de cualquier papelería. No sabíamos que al otro le gustaba escribir, ambos conversamos sobre cualquier otra cosa. Lejos de lo habitual (y por habitual queremos decir que ambos solemos conocer a gente de noche, de chimba, y de puro milagro) nos conocimos en un prado en la Nacho[1], había muchedumbre por algún concierto organizado por la gente de cine. Hablamos gracias al amparo de unos amigos en común y nos mandaron a comprar unas empanadas (que gentilmente gastó Juan Pablo), así que ambos, buenos enemigos de la deuda, intercambiamos número telefónico para ajustar cuentas.

[1] Juan Pablo insiste en que escriba 'Universidad Nacional', le parece conchudo el apodo.

Mucho tiempo ha pasado y ambos nos encontramos en una equidistancia profunda de la tierra, cada uno se amaña a su manera. En agosto hablamos, Juan Pablo recién destetado y yo negándome al complejo freudiano, sobre la ciudad que nos rodeaba. Teresa vive sobre la Avenida Independencia en Buenos Aires, tiene una papelería a un par de cuadras aptamente llamada 'PAPELERÍA', una *librefotogolosinería* llamada 'Ancay' frente a su habitación, una foto de Tinto y un libro que su primer amor en tierras rioplatenses olvidó en la mesita de noche. Juan Pablo vive en la primera planta de un edificio que se niega a mostrar, su ventana da al segundo monumento franquista más grande de España y a una barbacoa coreana, lo encierran la Calle Aoiz y la Avenida Tocayo Segundo. Tiene una papelería a un par de manzanas de distancia y exactamente a un Winston Rojo caminando. Por asuntos migratorios hice que Teresa me acompañara a hacer filas, a llenar formularios, y a imprimir fotografías tamaño carné. Ignorando las cuatro horas que nos separan por lado y lado del reloj me acompañó a guillotinear una página entera compuesta por veinticinco fotografías tamaño carné. Juan Pablo, fuera de tímido, es demasiado torpe, le cuesta mucho cargar con la responsabilidad pequeña de decir 'ahorita te marco' o 'espérame un segundo' o sencillamente no decir nada mientras intenta rebanar el folio con precisión maraquera y dar con la decencia burocrática de una fotografía tamaño carné. 'Qué locura las papelerías' me dijo, y yo no le veía esa locura. Si, me parecen centros operativos fantásticos, trabajé en Bogotá en una miscelánea de una tía y

no es posible aburrirse de tanta cosa que hay que hacer. ‘Deberíamos hacer algo con las papelerías’ le dije, mientras procuraba no bajarme un dedo con la cuchilla oxidada.

No estuve al tanto de las vueltas que Teresa hizo para estudiar en Argentina, me vine a enterar por pura casualidad hace un par de años cuando veo una foto suya por Puerto Madero con algún tema triste de Zoe Gotusso. Ha sido una frontera desconocida, armada por anécdotas decadentes, chompas y rompevientos, cigarros, modismos, y un *shesheo* con una caramela guarnición de un *vos*. Ella se adelantó y armó campo en un círculo de velas y latas vacías de Quilmes. Yo quiero un balcón, una silla mecedora, uno de esos tubitos metálicos que se cuelgan para cantarme que todo va a estar bien, un cenicero y un libro abandonado por un amor en mi mesita de noche. En ‘Ancay’ atienden desde el otro lado de la reja, me dicen ‘vecina’ (gran logro gracias a mi insistencia) y saben que detesto los Bold, que amo el perfume de Vivian y que soy de Racing (gran logro pese a mi herencia bumanguesa). Tengo el correo electrónico para mandar a imprimir las lecturas de la facultad e intento hacer negocios de vez en cuando con la dueña. Molesto a Juan Pablo, insisto en que el pobre es pobre porque quiere y además porque no es lo suficiente escurridizo, porque no sabe a dónde ir. Molesto a Teresa respondiéndole que la pobreza se soluciona siempre que uno no la vea. Hay bastante riqueza en las imprentas, en la tinta y —para buscarles la lengua a los detractores de Trotsky— en el papel, en el tiempo que uno le dedique a la lectura. No es cuestión únicamente del recorrido

de símbolos, de abrir una compilación de poesía latinoamericana yendo a Belgrano o a Katakrak. El tiempo, arca bursátil inventada por los relojeros, por la arena, y por los campesinos, anda en todo lado. Quisiéramos decir que nos conocimos en 'Ancay' y no en una 'Comercial Papelera' o 'Panamericana', quisiéramos decir que conocemos a la familia dueña del Café Internet por la cuadra del Facol de Gran América. El tiempo sabe a donde ir, sabe por donde filtrarse para marcar en la piel y en los dobleces del papel, en los dobladillos de las relaciones y en los teatros anteoculares. Quisiéramos decir que el cauce nos llevó a esperar unas fotocopias, a imprimir un cuadernito para guardarlo o regalarlo "mira Teresa, feliz cumpleaños, toma un esfero, toma un micropuntas, toma medio pliego, una caja Prismacolor empezada con colores de doble punta, una fotografía nuestra en ese parque de la 3ª con 53 o en la Taconera con unas ardillas".

Ambos sembramos el tema en la conversación y afloraba de vez en cuando en nuestras prófugas llamadas intercontinentales y transatlánticas. Nos dimos a la tarea de prestar atención, cada uno desde su pedacito de mundo, no para encontrar convergencias en los usos del papel, el formateo de las letras y de las páginas, o de las personas y sus requerimientos. Tampoco pretendemos construir un puente que se eleve y recorra los Andes hasta Bogotá y cruce hasta llegar a los valles pirenaicos por medio de los lugares comunes… aunque ambos hablemos de las papelerías. Sencillamente queremos escribir sobre todo, sobre todas las

superficies que arman las siluetas de estos lugares y sobre ellas, sobre todo.

Fragmento de una carta de Juan Pablo

(…) De pronto el frío sea eso, un recordatorio del paso del tiempo y el cuerpo se comienza a morir de tristeza, de inmovilidad, de un cese paulatino de la máquina coronaria y del cerebro. Mantén al tiempo en tu cuerpo para que no te haga tanto frío. Esta madrugada hablé con Teresa un rato, recordamos un día que estuvimos sentados buscando dónde almorzar en El Recuerdo. Le dije que conocía un chuzo que se llamaba 'Caliente Caliente', un restaurante de taxistas y carramplones. Ella pidió un caldo de pajarilla y tres lucas de pan blandito, yo alcancé a clasificar para pedirme un tamal y un jugo Hit de mango. Nos hicieron pasar al fondo del lugar, al pie de la cocina, cuando se soltó un aguacero en la calle. Llegó un punto en el que mis gafas mantenían empañadas y Tere comenzó a sudar. ¡Qué desespero! Pero como que no podíamos salir a la intemperie. Pero si está ahí no más, si puedo ver la calle… ¿Qué son un par de gotas? Ambos éramos conscientes de lo que es emparamarse, que se le mojen a uno las medias y que se nos enfríe el abdomen y el culo. ¿A dónde íbamos? Sin más, era salir del lugar, los vapores de la cocina se reunían en las paredes y parecían hacerlas sudar caldo de gallina (…)

Fragmento de una carta de Teresa

(…) Después de mucho tiempo me he sentido triste. Temo que los días están pareciéndose y me parece injusto sentir eso fuera de casa, como si no hubiese razones aparentes para ver repeticiones en los días. Aunque la monotonía me atropellaba igual en Bogotá, romperla mientras jugaba de local era un asunto distinto. Estuve pensando mucho en usted, en todos los viajes que ha hecho —y que no me ha contado—, en que todavía le debo escritos y demás. Qué pensadera, ojalá en algún Estado de bienestar en el futuro nos paguen a los que andamos mudos de tanto agobio o simple desparche. Más tarde escribo después de haber tenido la discusión con la muchacha estúpida que insistía en la correspondencia durante la Revolución Francesa. Las cartas si tienen algo importante, quizás no tan revolucionario como le atribuye la compañera, pero si es un esfuerzo importante. Me quedé pensando en la carta que me envió, en toda esa mano de cigarrillos que nos empacamos y en las conversaciones que teníamos. (…)

Nos conocimos cuando tocaba conocernos, nada que hacer al respecto. En las papelerías vimos ancianos conocidos, jóvenes con sobres, mensajeros, escaleras y plantillas, chucherías, chorros de tinta, cosquillas, vasos de cartón, postales y nada de bancos. Olía a decol, humedad, barniz, pegante, café, distancia y separación. Tinto se murió mientras Teresa estaba en la pampa y sintió algo en la tripa mientras escuchaba a su novio payero cantar sobre la tierra y el oficio, pero está ahí

siempre, al lado del libro que un amor olvidó en su mesita de noche.

Nota Metodológica: mosaico hecho a las patadas, redactado en la distancia, muy discutido y poco pensado. Las cartas anexadas fueron impresas en las papelerías más cercanas y debidamente pegadas en las paredes de Buenos Aires y Pamplona – Iruña.

Pómulo

Samuel **Fonseca**

■■■

Pómulo fue emperador de Roma durante nueve meses; hizo parecer de la química la recuperación de sus inventos; en su delirio llegó a reunir en una habitación un grupo de escribanos, dijo que él ya había avanzado algo, pero necesitaba soldados para su campaña de conquista en la ficción, que de ahí también quería declararse emperador.

Esto pasó luego de Nerón, 69 después de cristo, se le conoce como el año de los cuatro emperadores. Pómulo fue 9 meses, Ilio dos noches, Paleto un mes y Vespasiano, que contuvo la crisis y construyó el Coliseo, lo restante.

Nerón se suicidó en su casa, acorralado por emociones con una daga en el cuello, mientras escuchaba armaduras apuradas llegando, luego de instaurar un régimen del terror y matar aristócratas para quedarse con todo lo que dejaban en su tesoro personal. Guerras civiles siguieron, fronteras donde no hay paso, ciudades cuidándose, hasta el amor tenía que mantenerse secreto.

El territorio era Siracusa, lo que quedara de su extendida plantación. En donde nació hijo de un exiliado del bosque y una geómetra siciliana. Su padre era de linaje orféico, casi hijo de magos, exiliados de la ciudad por haber descubierto otro tipo de civilización que casi acaba con todo lo que se conocía.

La historia como se conserva empieza en el mito en el que Orfeo se enamora profundamente de Eurídice, ella es

mordida por una serpiente venenosa y muere tirada en el pasto. Orfeo en su angustia, casi apresuradamente, corre entre los árboles, encuentra cuevas y va una por una intentando dar con la que da al inframundo; sigue a los conejos, a cualquiera de las criaturas que probablemente ya venían de allí y seguía su rastro.

Cuando dió con la cueva descendió más allá de las arañas, engañó todo aquello que pareciera custodiar la siguiente puerta. Frente a Perséfone, le cantó y dió destilados para saludarla, le habló del amor para convencerla. Perséfone le dejó llevarse a su amada de vuelta con la condición extraña, casi juguetona, de que vuelva por el camino que recorrió y Eurídice iba a estar detrás de él. Pero que por ninguna razón podía voltearse a verla hasta estar fuera, casi una analogía de su enamoramiento tan construído por él con tan pocos elementos de ella.

Se hizo lo que se pactó hasta el final del tramo, en el que el cansancio y los ruidos, que podían ser cualquier cosa entre las paredes, quitaban entusiasmo, se sentía engañado, Eurídise si era algo era silencio en ese momento; quizás a la muerte era la analogía en realidad. Se volteó solo para saber que lo habían engañado, pero no, estaba Eurídice flotando, con una sonrisa le estira la mano de nebulosa o nube y se esfuma dejando solo el sonido de las gotas del techo de la cueva con el piso de la cueva como segundero a lo que había perdido.

Ese día Orfeo volvió a la casa lleno de una versión negra y raspada de piel, lleno de polvo como minero atrapado. Él había avisado que con ella volvería sin que todos supieran que estaba muerta, pidió preparar una fiesta. Al no dar demasiadas explicaciones en su casa de místicos y alquimistas se preparó una bacanal enorme, invitados cercanos y lejanos, en sus mejores inventos estaban fertilizantes que hacían crecer frutos de los árboles en horas, gases oxigenantes que daban ánimo y unos incansables pulmones, gotas del reino fungi que concentraban la consciencia y daban una sensación de vitalidad hasta abrumante; también mucho vino, también demasiado vino y cerveza, versiones rudimentarias de pipas y cigarrillos.

Cuando volvió solo y lleno de cal y sudores no bañados: lo sentaron en la mesa, le daban frutas y preguntaban por las versiones. Era como una vestimenta que representaba lo que decía, el barro y las manchas que se limpiaban y difuminaban con su movimiento. De la manera que lo contó lloraron muchos, eran mucho de cantos y cantaban suave, hacían a veces solo ruidos, su hermano sacó una especie de bronce deformado con una boquilla y hosquedades entre sus curvas y lo soplaba haciendo un ruido especial, saxofónico.

Consolaron a Orfeo en esa fiesta que empezó a sentirse recién empezada en la madrugada del día siguiente, por lo que siguieron sin darse cuenta que pasaban los días, los que no habían ido terminaban por preguntarse y asistir, solo se iba agrandando, y comían frutos mientras se bañaban, y se

acurrucaban entre otros para descansar mientras alguien algo contaba, se discutía entre el humor y había pocas caras de cansados.

Luego de la primera semana llegaron Dionisio y otras deidades, ninfas de pies delgados y especies de cosas, la falta de necesitar descanso acababa las conversaciones y casi solo lo que quedó fue el empezar a explicar el mundo, se habían llegado a acuerdos provisionales de lo que era importante.

Los ancianos fueron los que mantuvieron todo el mundo afuera pasando, había cosas por recoger, peticiones de la polis, de rendimientos en esas tierras. A las dos semanas se había creado una especie de presocráticos a priori, daban esencia a cuestiones corporales, a la temporalidad y a los lugares, unos se quedaron en silencio viendo unas monedas pensando en el valor y que no sabían qué decir de él intuitivamente.

Cualquiera que pasaba afuera veía mucha gente en una casa y un patio, señalando el cielo o dormidos al lado, corriendo alrededor, parecía que nada más importaba. El resto de kilómetros a la redonda eran ancianos recogiendo olivas, viejos cansados moliendo trigo, con una mano en la espalda mientras se agachaba para no quebrarse.

Eventualmente la polis llegó a poner orden, algunos que habían llegado a la fiesta se habían llevado parte de fertilizante y fungi. Arrasaron con todo buscando más, se llevaron un poco pero las recetas eran las de la familia de Orfeo, los iban a esclavizar y todo el que se opusiera era

atravesado por una lanza, se tornó violento y escaparon, corrieron mucho tiempo, se escondieron años bajo el agua, eventualmente volvieron exiliados y como habitantes del bosque. Continuando con sus procesos de invención, elementos brillantes e instrumentos curvos. En el bosque de Siracusa fue donde el Orféico y la geómetra se conocieron, lo concibieron contra un árbol, deslizándose hasta quedaron contra las raíces y luego comían sin nada puesto mirándose intensamente.

Daba mucha vergüenza explicar a su familia que iba a tener un hijo con un brujo del bosque, terminó ella exiliada también pero por decisión propia, volviendo a la ciudad para que la reconocieran y susurraran entre las calles, casi 7 meses después con una panza en la pequeña academia Siciliana para hablar de geometrías especiales muy distintas a las de la realidad y geometrías temporales, de lo difícil que es el retorno, con una panza daba discusiones en las que cualquiera la hubiera parido.

Una pulsión espasmódica repentina fue de la que nació Pómulo, lo que pudo tener a mano la geómetra, casi sola entre las calles, fue entrar a una Terma, que es más parecido a un sauna que a un baño, pero con agua de mar y texturas acuáticas en la piedra, corales y crujientes. Lo primero que supo Pómulo fueron esos hedores, ese sabor a alga marina a mejillas con fiebre.

La vida en el bosque tan cerca del mar Jónico era una vida de brisa, se intesificaba entre los árboles, hacía ruidos, casi

silbaba, los animales eran violentos hasta el mediodía, desde esa hora lo invadía una pereza enorme y se podía pasar mientros ellos dormían boca arriba, con la panza al aire. Su padre que ya era más barba que persona le enseñó los oficios de la brisa, la duplicación de viento y el inicio de los artes magnéticos, desde pequeño jugando entre la colección de metales, la obsidiana falsa, los espejos negros, lo hicieron masticar los cristales del encanto que era como masticar un cristual suave que quitaba el sueño muy levemente, te dejaba en un constante estado de 6 de la tarde. Cuando creció vió más clara la conservación de la materia y conservaba en frascos manzanas que nunca se oxidaban, casi inmortalizadas en el tiempo, empezó una colección de cosas inmortales. Con sus fertilizantes hasta el padre le enseñó a comer siempre del mismo árbol. Los primeros saxos y trombones, bajos hechos con un método manual de aplanar materiales, sacando cuerdas delgadas que luego se enrollaban todas juntas para hacer cuerdones. Ya algo tarde, por los 20 años, descubrió un tipo especial de aire, que si se encerraba suficiente dentro de algo empezaba a hacer flotar las cosas, a veces por diversión solo hacía las cosas flotar y las dejaba ir pidiéndoles que vinieran de vuelta, nunca lo hicieron. La geómetra, para esa época sorprendemente antipitagórica le enseñó sus teorías y habilidades dignas de Hipatía. Exploraron varias veces la geometría marina con esos extraños aires que parecía que no se acababan. Más tarde él era consciente de que era difícil de explicar lo que es quedarse en el agua a dormir.

Fue el mismo año que empezó a surgirle la teoría de lo posible en el que su madre muere por un animal marino enorme a mordiscos y ojos negros, y su padre se enloquece y busca refugio en un globo transparente y gigante que lo llevó al cielo, esperaba bajar en unos años. Pómulo de 23 volvió a la ciudad, visitó la academia en la que su madre antes ejercía. En comparación a los que estaban allí Pómulo era algo torpe, encontraba maneras de equivocarse entrebuscadas y casi imposibles, le tomaba más tiempo agotar los errores posibles que aprender la simpleza de los procesos. Se quedaba vagando en la ciudad con sus destilados buscando y solucionando problemas, hablando con místicos arropados frente a fogatas, comprando mercurio ilícito, empapando piedras de cosas e iluminándolas. Los filósofos aristócratas esclavistas lo interrogaban luego de verlo en tantas partes sin descanso todo el tiempo. Bebían todos en exceso. Pómulo lentamente en estos ritmos se había enloquecido también, o le había empezado a germinar del odio una florecita blanca, o solo desenrollando y aprendiendo a convivir con una pequeña confusión en forma de nudo. Es un periodo de escritos bárbaros e imaginaciones confusas, días en el ágora preguntándole a todo el que pasará que le contara sus sueños a cambio de manzanas. Luego conversaban, Pómulo hablaba de lo repetitivas que se tornaban las conversaciones, de la estructura del humor, de que tal vez había límite a lo imaginable. Hubo un año en el que partiuclamente vinieron a visitar Platónicos y Pómulo odió esa elevación del lenguaje, no hay mundo inteligible, del lenguaje y el acceso a la ficción,

del presente y la memoria que también solo existió en la ficción. Decía que en su opinión si no mataban a Sócrates este iba a llegar al lenguaje inevitablemente, pero en sus hipotéticos no lo entendían. Insistía en un camino, en la demostración, cuando lo decía pensaba en su madre, la necesidad de una lógica de la ficción, porque la realidad son solo estos sonidos y visiones, este tacto medio tardío del disfrute.

El panfleto de la sospecha (texto de la previa edición) es parte de los fragmentos que escribió en esta época, revolucionario, críptico, entumecido, más bien acostado. Rechazó los neoplatónicos e ideó un nuevo platonismo en el que existió un territorio personal pero al mismo tiempo común que denominó ficción, su método era la sospecha, su ratos entonación.

Confusión elocuente que lo llevó a Aurelia, ateniense problemática, hija de senador pudiente. Cerca de un prado con una esclava al lado se quedaba acostada desde una montañita de parque, moviéndose para que siempre le diera el sol. Pómulo la miró de lejos un buen par de días, luego se le ocurrió algo que decirle pero le parecía simplemente un mal chiste. Ya indignado por verla tan sin nada que hacer se le acercó a lo que la esclava empezó a gritarle y ese día tampoco le habló. Intentó otros tres días y la esclava empezaba a tirarle piedras y alejarlo. El día que por fin hablaron Pómulo empezó ya solo por aburrimiento y falta de sueño a imitar a la esclava buscando su risa. Aurelia ese día conoció su risa, la de

ella misma, antes nunca había escuchado algo así de ella misma. Pómulo le dijo que era como la rebeldía en contra de la rebeldía, que por eso se quedaba acostada todo el día. Que la montañita era una mala elección, que hasta el árbol ya se estaba torciendo de solo ella recostarse, que conocía mejores lugares para hacer lo que ella hacía.

Esos meses recorrieron el bosque, y hacían a veces globos flotantes para besarse sin que nada más que las nubes vieran, probó las especies orféicas y entre tanta seguridad adquirida Pómulo la hizo dudar de su expresión discursiva. Entre ese enamoramiento ella empezó a generar significados cercanos, como tipos de desnudez y tregua a una tristeza que ella había construido tan bien pero tambaleaba ante conceptos tan sutiles como lo posible.

4 meses y el senador llegó a Siracusa intentando escapar de la situación tan desastrosa de Nerón, casi lo declaró enemigo público y se fue de vacaciones. Se presentaron y a Pómulo le sorprendió la actitud tan infantil de su suegro, parecía que él había vivido siglos en comparación a su acomodado puesto, con un par de palabras puestas en lugares correctos estaba a punto de convencerlo, lo más grave, era convencerlo de cualquier cosa.

El ascenso fue discursivo, había muchas divisiones territoriales, disidencias casi guerrilleras, todo el mundo militar y esté abusando de lo rey y abusando de lo filósofo. Decir que había alguien como emperador legítimo era estirar mucho la verdad, pero Pómulo no más con el fertilizante tenía

el poder para conquistar el mundo y secar la tierra. De eso no había sido consciente hasta que el Senador le propuso generar una crisis tipo saqueador, cerramos fronteras, generamos hambre, la mayoría del trigo lo tenían, y sin pan eran frutas, los animales no dan abasto, suben juntos al poder y compran a las personas porque cualquiera que se acerque tiene comida. Dieron tres semanas y ya estaban suplicando los atenienses, hasta los Senadores habían ya probado la carne de las especies africanas para no dejar de comer.

El primer mes trae especies del mundo y las pone en dos corrales en un pasillo que lo llevaba a su habitación; les enseñó a comer del mismo árbol. Montó un acuario en una plaza en la que los atenienses casi alimentaban moluscos y peces oscuros que parecían atontados por sentir por pedazos el sol. Construyó un espejo gigante que hizo flotar con una cantidad de aire que era de tantos litros que casi todos en el palacio tuvieron que trabajar en ello. Los panteones vacíos, una sala de lobby para Senadores que se la pasaban verdaderamente aburridos. Hablaban de crisis mientras vomitaban comida para comer más. Luego de qué tan largo tiene que ser un cuello de un animal para ser pariente de la jirafa. Con el espejo en el cielo lo apuntó exclusivamente a una habitación que había construído con una especie de piedra líquida que con la lluvia se iba endureciendo. En ese salón jamás se hacía de noche; una eterna biblioteca con una fuente afuera que diluía destilados de vigilia, telares silenciosos, un perro enorme y consentido.

El segundo mes el exceso de fertilizante secaba la tierra, los días de lluvia el piso permanecía seco de lo deshidratado que se sentía. Los árboles se engrosaban con una vejez esteroidea, inabrazable, rasposa, con estrías y raíces obscenas que parecían tubos más que raíces. Pómulo sin darse cuenta se la pasaba en su mundo con Arelia, y había empezado a inventar pensiones de besos y una con la que experimentó la más profunda sensación de conmoverse, la describía como una profunda tristeza constantemente rescatada por una incontrolable felicidad con la que apreciaba el paso del tiempo infinitamente pero se desbordaba llorando en agradecimiento, ternura y amor. A la persona que le daba a probar este elixir se le empezaba a crecer una expresión complicada, no saber si hasta era buena idea volver, decían que ya no conocían la calma. Fue entonces la época de contratación, a los únicos que no contrató fue a platónicos por espesas convicciones en la tierra y no el cuerpo, en las ideas y no el lenguaje, ya le irritaba que le mencionaran otra vez ese plano.

Tercer mes de escribandos conquistando la ficción, de los primeros motores que dejaban un hedor horrible pero transportaban toneladas. Se movían a la velocidad de una tortuga con ruedas de una especie de piedra con las que mandó a Egipto para hacerle un santuario a su madre. Escribanos en la ficción intentando escribir todas las posibilidades desde un presente que se les corría. Bailarines que según sus palabras estaban empezando a traducir o formalizar el lenguaje de dios que se encuentra en el tacto y

el movimiento. Astrónomos que se encarcaban de hacer lentes más y más gruesos con los que si se veía al cielo solo se veían destellos y un fondo negro.

Cuarto mes, a un astrónomo se le cayó un lente de dimensiones enormes y quedó apuntando a la tierra, se notó la existencia de ciertos mundos sutiles. Pómulo quiso proclamarse emperador de allí también, y trajo a negrisimos traductores de hormigas, parecían seres de cuatro sombras. A lo que se le ocurrió también empezar conquista en las sombras y sus derivados, estudios de óptica y mapas de lo que se les ocurriera estaba solo de papeles llenando la realidad. Pero del otro costado otro emperador estaba luchando, eran bárbaros sanguinarios, inventado máquinas de directa destrucción, les había llegado una especie de derivado de todas estas abrumadoras delicias y lo habían reproducido con fertilizantes mezclados con vino y barro, sin saber de proporciones el que se tomaba ese éter ensuciado a los soldados les salían pequeños brazos en la espalda, dos corazones, músculos estirados, ojos en todas partes, especies de anillos, pelo en la boca, piernas de caballo. Algunos directamente se convertían en crustáceos y se escondían del sol, se hicieron estratos y carroñeros. Su líder magnánimo Ilio con su ejército de abominaciones había decidido acercarse, sin querer remediar nada, en un aburrimiento medio atontado.

Quinto mes, en los mundos diminutos en los que el tiempo era casi lo contrario ya no se sabía si algo se había logrado,

por momentos habían conocido algo y comunicado, por otros ni siquiera había rastro de que algo existía en esos estados. Palacios aleatorios, nada se quedaba como lo habías dejado y solo acumulaba en direcciones etéreas la misma acumulación. Las sombras vivían del engaño y podían hacer falsa cualquier demostración. Pómulo empezó a pasar las noches solo besando cada parte de Aurelia y lo llamaba pensar, como si de ahí pasara alguna solución y no solo un desorden coordinado de tareas por hacer de trabajadores que parecían cada vez más esclavos de simplemente estar despiertos. Ilio envenenó los mares con su éter y hasta atenas llegaron las abominaciones. Siracusa como la conocían había huido a alta mar para no infectarse. Los hospitales se habían convertido en un zoológico genético de gente en la mitad de una metamorfosis. Salían algunos sanos llenos de amputaciones y cosidos los ojos, con vendas suaves, y algo medio bestial contenido. Los senadores tras las noticias solo tomaban leche. Pómulo encontrando curas solo destilaba tierra seca, mezclas de oscuras algas que ya eran un fractal de hojas con los que les terminaba de quitar lo humano a los infectados, también lo animal, adquirían tonos de voz proyectados. Parecían más una colección de voces más que algo biológico o fauno.

Sexto mes, temerosos todos de la infección intentaban tomar lo más poco posible de cualquier cosa, eran épocas de boca seca. Con Paranoia designó a Labio y Labia a cuidar a Aurelia mientras que las conquistas se veían pausadas por miedo y dudas al agua. Se trataron tipos de purificación pero solo salían derivaciones del éter, los peces habían migrado a otras

zonas, los pulpos habían desarrollado otro corazón, las burbujas se tranformaban en una membrana eléctrica con ondas nerviosas que petrificaban, por eso se les llamó medusas. Entre todo eso Labia probando una bebida verificando que no produjera deformación terminó creciéndole la boca, adoptar una carnosa forma de megáfono y soltar una de las más bellas melodías de todos esos meses, la gente sintió un alivio al escuchar esos sonidos, pero Labio solo lloraba y con rabia no pudo entender porque todos se quedaron quietos mirando, hecho una pequeña sonrisa, obnubilado por el dolor y su rabia. Hizo un voz a voz casi imposible para llegar a Ilio, cuando lo hizo le dio la posición exacta de Pómulo y su esposa, que cada vez más se habían entregado al amor, ella no quería escapar pero al mismo tiempo vivían aislados, Pómulo solo entre medias, desnudo y sudoroso leía papeles o hablaba de balcón en balcón acerca de la situación, siendo el legítimo emperador escribía de amor y de sus intensificaciones en la vida, que no puede pedir más porque ya lo tenía todo, cartas a Flavio y Alejandría, Espartanos que sólo habían oído de él por historias recibían cartas con su nombre que hablaban del amor y de cómo llevarlo, cómo no perderlo, lo comparaba a una sucesión de hechos precisa pero planeable, diseñable como un arquitecto para habitarlo.

Séptimo mes, Ilio entra en Atenas y ya ni siquiera lo detienen, casi que le abren paso a él y sus abominaciones que hacían un ruidal extraño. Los senadores solo cerraron las ventanas. Eran Pómulo y Aurelia en el cuarto, llegaron a sostenerlos, les

sobraban brazos, los dos desnudos fueron atacados por todo tipo de manos rasposas y sucias, labio entró como si no pudiera evitar ver. A Arelia lo mejor que le hicieron hacer esa noche fue tomar el éter, del que se empezó a dividir cada vez poseyendo menos materia. se llenó la habitación de pieles y dolores. A Pómulo lo pusieron a ver todo, y solo podía pensar en que mal emperador había sido, como si no pudiera dejar de pensar en él mientras le hacían eso a su amada. 16 Aurelias débiles y agotadas caminaban intentando no moverse mucho por la sala, decían que si se movían mucho iban a dividirse otra vez. Es que si hubieran hablado pero era más ver la expresiones de los otros mientras alguno decía algo. Los que escucharon cerca recordaron que Pómulo les había dado demasiado y entraron a llenar la sala solo de personas corriendo, donde se dieron golpes, y sintieron mucho. Solo dejaron que Pómulo y 15 de ellas salieran por las ventanas, una se quedó entre todo el alboroto y no se supo mucho más de ella. Pómulo las escondió en el bosque, vió como el espejo y la habitación diurna también anochecía. Ni las sombras, ni los mundos diminutos parecían reales ante esa sensación en el cuello. En una cuevita del bosque con cidra brindó como si fuera la última vez con todas las Aurelias que conservaban sus pecas solo más tenues que las otras, la misma sonrisa, los mismos gestos en las caricias. Hicieron el amor como si no les importará que los descubrieran. Es seguro que hay personas que vinieron a ver lo que pasaba, pero se iban luego d eun rato sin saber muy bien cómo sentirse. Casi ni Pómulo se veía de lo rodeado que estaba. El

día siguiente había 64 de ellas pero cada vez más transparentes todas, con una palidez sobrehumana, casi azules. En lo que el día pasaba fueron translúcidas 256 que casi no podían ni moverse porque se las llevaba la brisa, que silbaba por los árboles. Que luego era hasta difícil saber si alguna se la había llevado ya o era la silueta de cualquier otra cosa.

Octavo mes, con las personas que le quedan y supieron que estaba allí lo trataron con amor y escucharon sus historias con fogatas. Pidió que le trajeran gatos y se hizo una familia en unos días que quedaban dormidos y rodeados, de todo tipo se la pasaban sus hombros, le maullaban a cada rato, se peleaban por su cercanía. También mandó a traer a Labio que llegó golpeado contando que Ilio lo buscaba sin entusiasmo para matarlo y ser emperador legítimo de lo que quedaba que era más que todo tierra seca y militares recuperando. Le cosieron la boca y lo mandaron con unas piedras al fondo del mar y parte de los gases para que no muriera tan rápido.

Noveno mes, Ilio eventualmente lo atrapó y puso frente al senado como enemigo público. Los senadores ya gordos de haberse alimentado con solo fertilizante lo apoyaron. El papá de Aurelia ni siquiera apareció ese día. Lo condenaron a muerte, pero de lo alquímico sobrevivió inmune a todo con lo que lo envenenaban, ya se acaban los litros. Lo intentó asfixiar Ilio con las manos y éste solo lo miraba con las miradas que le había aprendido a los gatos. Lo cortaron y solamente le salía sangre de la sangre. A Pómulo sólo

pudieron matarlo con un elefante, que le pisó la cara luego de encerrarlo con bestias que él había traído y alborotarlas con él amarrado en el piso. Se imaginó luego de ver ese polvero levantado por las patas.

Ilio se declaró esa misma noche emperador, esos dos días no existió ninguna sombra y todo parecía más callado de lo normal. Dos días porque a la segunda noche murió por dormir en la misma habitación en la que dormían Pómulo y Aurelia, envenenado de tantos gases múltiples. Todos creyeron que había sido el fantasma de Pómulo y pidieron ayuda a todo lo que quedará de mundo para contener lo que pasaba si volvía. Se trastocaron versiones, el agua nunca se pudo desenvenenar y todos se la pasaban acostumbrados al cambio, ni siquiera ya lo notaban. Paleto llegó como general y terminó como emperador luego de matar sistemáticamente a todo el que le pareciera raro o complicado. Se quedó un mes antes de Vespasiano que construyó el Coliseo y retomó el rumbo de Roma, borrando la mayoría del rastro de Pómulo y su imperio.

Lo pusieron en un ataúd a medio cellar con una inscripción que el propio Ilio había escrito acerca de él. Decía: *peor que libre era pensante. En Siracusa todavía le salen hoja las hojas.*